Las cartas de Juan

Narrado,
explicado,
para hoy.

GOOD NEWS

Las cartas de Juan

Narrado, explicado, para hoy.

Hans-Jörg Ronsdorf

Porque yo vivo, ustedes también vivirán.

Juan 14, versículo 19

Las cartas de Juan se reformulan con palabras propias, es decir, se reproducen explicándolas. La cantidad de texto equivale aproximadamente al triple de la extensión del texto bíblico original en una traducción clásica de la Biblia.

1.ª edición, junio de 2020

© Hans-Jörg Ronsdorf – todos los derechos reservados

www.hans-joerg-ronsdorf.de

Albis 6 ½

87477 Sulzberg

hj-ronsdorf@t-online.de

ISBN de la edición alemana 978-3-9820715-4-1

Diseño de la cubierta: Tobias Stricker

¿Por qué leer la Biblia?

Este pequeño cuaderno ha llegado hasta sus manos. Se trata de una carta más larga y de dos cartas breves que escribió un tal Juan. Hace casi 2000 años. ¿Puede un texto así, de la Antigüedad, tener importancia hoy? Sin duda, porque el autor vivió algo especial: conoció a Jesús de Nazaret. Lo experimentó personalmente. Eso da a su carta un valor sin igual. Por eso fue incluida casi desde el principio en la colección de escritos que hoy conocemos como el Nuevo Testamento.

¿Quiere usted conocer a Dios? ¿Es importante para usted la verdad sobre Dios? Conocer de verdad a Dios es el tema que lo abarca todo, tanto en el Evangelio de Juan como en estas cartas.

Esta carta de Juan, dicho en términos humanos, traspasa límites. Límites que nadie puede traspasar si no ha sido informado desde el otro lado. Esta carta es como el lago más claro, la montaña más alta, la flor más hermosa, el león más espléndido, el cuadro más bello. Ninguna obra maestra de la literatura se le acerca siquiera, ni de lejos llega a estar a la vista de esta carta. Ni Sócrates, ni Platón, ni Jenofonte, nadie. Esta carta es un castillo de fuegos artificiales del amor de Dios. Y de su santidad.

Lo que sea que los teólogos, con los mejores trabajos de investigación, supongan hoy, construyan y combinen en tesis: a esta carta no le molesta. Si no la tuviéramos, al Nuevo Testamento le faltaría una pieza esencial. ¡Gracias a Dios tenemos esta carta!

¿Qué tan actual y relevante es la carta para hoy?

Los pensamientos y las experiencias de los cristianos del primer siglo son importantes para los creyentes de hoy. Al fin y al cabo, también ellos eran personas que intentaban vivir con fidelidad en sus propias sociedades, complejas y pluralistas. Entonces como hoy, no siempre es fácil saber exactamente cómo se puede vivir con fidelidad. Estos primeros cristianos pueden ser nuestros modelos.

En un mundo que ya estaba repleto de religiones y filosofías contradictorias, y que por eso se parece al nuestro, Jesús dijo: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (Juan 17:3). Jesús define la vida eterna como conocimiento de Dios. Porque solo mediante nuestra respuesta a la revelación que Dios hizo de sí mismo a la humanidad puede cada uno de nosotros llegar a conocerlo. Y entonces comenzar la vida con él. Disfrutarla. Ahora y por toda la eternidad. Ese es un tema importante para todo ser humano en cualquier lugar de la historia. ¡Y es el tema de esta carta!

Circunstancias concretas y motivo de la carta

Todo lector puede tener la impresión de que fueron escritas en un tiempo de división y confusión. Que surgió sobre todo en el círculo de destinatarios al que se llama joánico. Aun así, no intentamos de forma concreta —eso se ha hecho y se sigue haciendo hasta la saciedad— reconstruir las falsas doctrinas y los extravíos. Las verdades presentadas en las cartas podrían hablar contra una gran variedad de falsas doctrinas sobre Cristo y emplearse como argumento contra ellas. Existieron en las formas del gnosticismo, del docetismo o de Cerinto. No hay pruebas suficientes para reconstruir la falsa enseñanza con tanta exactitud. Por eso parece lo más prudente abstenerse de ello. **Las cartas abordan una gran variedad de convicciones falsas, muchas de las cuales siguen presentes hoy entre nosotros.**

Tres temas de la carta destacan, a la vista de la situación a la que fue enviada:

Cristología: quién es Jesús y por qué es importante

La confesión de Jesús como el Cristo divino venido en carne y como Hijo de Dios está en el centro de las cartas. La cristología es la doctrina sobre quién es Jesús. Desde el principio los discípulos tuvieron claro que la verdad sobre Jesús era intocable e irrenunciable. Con una enseñanza falsa sobre Jesús, toda la fe cristiana se derrumbaría. Negar la verdadera humanidad de Jesús sería negar el significado salvífico del hombre Jesús y de su sufrimiento, que trae la salvación.

Qué difundían exactamente los falsos maestros y engañadores que habían salido de en medio de estos cristianos, solo podemos suponerlo. Una tradición del siglo II, transmitida por Ireneo, dice que los dirigentes de la iglesia se enfrentaron a un hombre llamado Cerinto, que defendía una distinción tajante entre el Jesús humano y el Cristo espiritual. Cerinto creía que Jesús era un maestro excelente y sabio, pero nada más. El Cristo, en cambio, era un ser espiritual que descendió sobre el hombre Jesús en su bautismo y lo abandonó de nuevo antes de su muerte en la cruz (véase 5:6-8).

Ignacio, otro cristiano del siglo II, advierte a los creyentes contra una cristología «docética». El término docetismo procede de la palabra griega dokeô, que significa «parecer». Los docetas enseñaban que Jesús solo «aparentaba» o «parecía» ser humano, y que solo «parecía» sufrir y morir. Después hubo otro movimiento, algo más tardío, que desafió al cristianismo: el gnosticismo. Quizá la carta se dirige contra estas tres corrientes en sus etapas más tempranas de desarrollo.

El amor de Dios, el amor a Dios y al prójimo

Otro gran tema, si no el más grande, es el amor divino, el «ágape». Este tema está entretejido de forma inseparable con el programa cristológico de Juan.

El autor nos recuerda la importancia central, no negociable, de cumplir el mandamiento de Jesús de amarnos unos a otros. El amor es la prueba de la verdad y de la vida auténtica que procede de Dios.

Dualidad: la división en dos

Quien interioriza las cartas con atención se encuentra una y otra vez con contrastes. La perspectiva de Juan está marcada en lo fundamental por un dualismo entre luz y tinieblas, verdad y falsedad, vida y muerte, amor y odio, ... el (o este) mundo frente a lo que «no es del "mundo"». El mundo de experiencias de Juan está sencillamente dividido en dos campos distintos. Por un lado están Dios, Jesús (el representante de Dios), el Espíritu y los hijos de Dios. Por otro lado está el campo que se opone a Dios. A estos adversarios pertenecen el diablo y sus hijos (1 Juan 3:8), el anticristo o los anticristos (2:18, 22; 4:3; 2 Juan 7), el espíritu del anticristo (1 Juan 4:3) y el mundo, que ha caído bajo la influencia del mal. Para Juan es fácil determinar dónde están las lealtades de una persona. Los actos de un ser humano dicen mucho, como muestra 1 Juan 3:10: «Los hijos de Dios y los hijos del diablo se ponen de manifiesto de esta manera: todos los que no hacen lo que es justo no son de Dios, como tampoco lo son los que no aman a sus hermanos y hermanas».

Así pues, Juan no conoce zonas grises en su manera de expresarse ni en su visión del mundo. Blanco o negro, como diríamos hoy. Casi una visión digital. A nosotros eso nos suena extraño. Pero si intentamos entender a Juan, su manera de abordar las cosas resulta útil en muchos aspectos también para nosotros hoy.

Una reacción que se ha oído a menudo, y que es comprensible, era que difícilmente se puede cumplir lo que para Juan es tan importante. El amor activo y desinteresado ocupa en él el puesto número 1 de la tabla. Sin peros. No negociable. ¿Cómo se puede amar así? ¿Y cómo no pecar? Juan tiene exigencias altas. En realidad, inalcanzables. Quien no las cumple al cien por cien, queda fuera. Sí, esta forma tan tajante de exponerlo puede inquietarnos. Porque nuestra vida no es perfecta. No es completamente libre de pecado. Eso Juan lo sabe. Aunque dice que el nacido de Dios no peca (3:6; 5:18), sabe muy bien que todavía pecamos (2:1). En la manera de pensar de Juan eso no es una contradicción, y tampoco tiene por qué serlo para nosotros.

¿Quién es el autor?

Aunque estos documentos se relacionan tradicionalmente con alguien llamado Juan, no tenemos pruebas internas que confirmen esta tradición. **De hecho, los tres escritos son anónimos.** Sin saludo ni encabezamiento, Juan entra directamente en la argumentación; 2 y 3 Juan siguen la antigua y conocida forma epistolar e identifican al remitente sencillamente como el anciano, sin dar un nombre personal. Probablemente es el mismo autor que el del Evangelio de Juan y también del Apocalipsis. Aunque muchas cosas hablan a favor de que fue el discípulo de Jesús, es decir, uno de los Doce, también puede haber sido otro Juan. O sea, alguien con el mismo nombre que también era discípulo del Señor. Quizá uno de los setenta.

Estructura y propósito de la carta

Probablemente el texto sirvió en su origen como sermón en la iglesia del autor y después se distribuyó a otras iglesias de los alrededores. Se redactó con el objetivo de proteger, reforzar o exhortar a que los oyentes se mantuvieran firmes en la tradición joánica, tal como está fundamentada en el Evangelio de Juan.

Los teólogos suponen que la carta puede considerarse «retórica epidíctica». Un género de discurso que busca reforzar la adhesión de los oyentes a valores que ya sostienen. La idea de Kruse es reveladora: «La conclusión de todo esto es que deberíamos leer 1 Juan sin intentar descubrir el hilo de la argumentación, como lo haríamos en una carta de Pablo. No intenta demostrar nada; al contrario, intenta fortalecer a los lectores, ante la amenaza de las enseñanzas y la ética de los falsos maestros, para que se mantengan firmes en las verdades tradicionales de la comunidad cristiana».

He leído la carta muchas veces y siempre me ha costado encontrar una estructura, una línea o un hilo argumentativo. La estructura es tan difícil de precisar como su género, es decir, su tipo literario. No hay un plan de conjunto evidente. Los esfuerzos por encontrar una estructura rigurosa resultan en general artificiales y poco convincentes. **Algunos recurren a la imagen de una espiral para explicar la estructura. Los pensamientos son más circulares que lineales.** Vuelve una y otra vez a los mismos temas entrelazados —los pecados, el amor y una cristología sana— y los desarrolla cada vez más a la luz de lo que se ha dicho sobre los otros dos.

Una división podría ser así:

	Ciclo I	Ciclo II	Ciclo III
	1:1 – 2:28	**2:29 – 4:6**	**4:7 – 5:21**
La revelación	La revelación de la vida de Dios (cf. 1:2)	La revelación del Hijo de Dios y de los hijos de Dios (cf. 3:2, 5)	La revelación del amor de Dios (cf. 4:9)
Las pruebas	La confesión de comunión con Dios, probada por a) una conducta justa (1:5 - 2:6) b) un amor verdadero (2:7-17) c) una enseñanza correcta (2:18-28)	La confesión de ser hijo de Dios, probada por a) una conducta justa (2:29 – 3:10) b) un amor verdadero (3:11-24) c) una enseñanza correcta (4:1-6)	La vida divina y el amor, demostrados por a) el amor (4:7-21), b) la obediencia (5:1-5) y c) la fe de los hijos de Dios (5:6-21)
El obstáculo que hay que vencer: el mundo	El mundo intenta apartarnos del corazón del Padre con su atractivo. (2:15-17)	El mundo y su odio contra los hijos de Dios (3:13-15)	El mundo hace difícil guardar los mandamientos de Dios (5:3-5)
La advertencia	Advertencia contra falsos cristos (2:18-29)	Advertencia contra falsos espíritus (4:1-6)	Advertencia contra falsos dioses (5:18-21)

Esquema: Alois Wagner

La primera carta de Juan

Testimonio apostólico de Jesús, la Palabra: venido del Padre y conducido a él 1:1–4

Cuando Jesús nos llamó a nosotros, los Doce, a ser sus discípulos, comenzó algo completamente nuevo. Lo hemos oído, visto y tocado. El comienzo de la vida auténtica. Tal como Dios la pensó para nosotros. El comienzo de algo que lo cambió todo. Y que nunca termina. Se trata de Jesús, que es la Palabra, el LOGOS. Él reveló la vida verdadera. Para nosotros.

Damos testimonio y contamos lo que ha sucedido desde el principio. Lo que hemos oído de él, la Palabra de vida. Eran más que palabras. Se podía ver y admirar la vida; sí, tocarla y abrazarla. Era un **ser humano** como nosotros, a quien seguimos durante tres años. Lo vivimos de muy cerca. Somos testigos y se lo anunciamos a ustedes. No hay ninguna duda: vino del Padre.

La vida de Dios, su ser más propio y eterno, ha venido a nosotros en Jesús, el artesano de la construcción de Nazaret. Nosotros, los apóstoles, y también muchos otros, lo hemos visto. Somos testigos que les anunciamos esta noticia inmensa. Él, el Hijo, que es la vida eterna en persona, vino de Dios. Él mismo nos dijo una y otra vez que había sido enviado por el Padre celestial. El Padre quiso que su Hijo viniera a nosotros. Él, que lleva en sí esta vida de Dios, gloriosa, intensa y eterna. Por eso el Hijo se hizo hombre. El único camino por el que la vida divina puede alcanzarnos. Para llegar a ser nuestra vida. Todos los seres humanos necesitan con urgencia este don de vida. Estamos entregados a la muerte. Eso deben saberlo también todos aquellos entre ustedes que niegan que el Hijo de Dios se hizo verdaderamente hombre y nos trajo la vida. **La vida eterna estaba con el Padre. Vuelta hacia él. Vida del Padre y del Hijo. Por medio de Jesús llega a ser nuestra vida y nos une con el Padre. ¡Como sus hijos!**

Tenemos que contarles todo lo que hemos visto y oído de Jesús. Si ustedes lo oyen y lo creen, Jesús se convierte en nuestro centro común. El corazón de todas las cosas, que nos une. En Jesús, y en ningún otro, tenemos comunión unos con otros. Y, por increíble que suene: comunión con el Padre celestial y con su Hijo Jesucristo. Porque él nos dio parte en la vida de Dios.

Por medio de Jesús todos nosotros, ustedes y nosotros, sencillamente todos los que siguen a Jesús, somos un solo corazón y una sola alma. Una familia que está unida y lo tiene todo en común. Que lo comparte todo. En esta unión ha entrado la alegría eterna del Dios trino. Hemos llegado a la familia de Dios. Una alegría que deja muy atrás la alegría terrenal y mundana. Que no puede ser mayor. Que sienten todos y que inspira a todos los que viven en la comunión de la familia de Dios con el corazón despierto, de forma activa y poniendo manos a la obra.

Dios es la luz más pura – vivir en la luz de Dios – perdón bajo la sangre de Jesús 1:5–10

¡Pero tengan cuidado! Por especial y único que sea todo esto, hay algo que amenaza esta comunión. Hay algo que no encaja en absoluto con esta comunión y cercanía de Dios. El mensaje de Jesús siempre fue claro y nítido. Él nos señaló a nosotros, los apóstoles, algo muy importante que tenemos que comunicarles sin falta. Si no lo hiciéramos, seríamos culpables ante ustedes: **Dios, el Eterno, es santo. Él mismo es la luz más pura y más clara. Habita en la luz. En él no hay ni rastro de tinieblas.** No acepta el pecado y nunca hace concesiones con nada que contradiga su ser glorioso. Eso destruye a las personas y su buena creación. Por ejemplo, la falta de amor, la ingratitud, el egoísmo y el desprecio de sus buenos mandamientos, o la rebelión contra ellos, que son lo mejor para nosotros. De esta clase de tinieblas no hay nada en Dios, ni tampoco en Jesús. Naturalmente, no se trata de tinieblas en sentido literal o físico. Se trata de la oscuridad que entenebrece espiritualmente nuestros corazones. Que deja sin orientación nuestra actitud ante la vida. Un estado infectado de pecado e injusticia, de separación de este Dios glorioso, que es la luz.

Así que, si afirmáramos —como hacen algunos entre ustedes— que tenemos comunión con este Dios glorioso, pero viviéramos en las tinieblas, es decir, en la propia voluntad, sin preguntar por Dios, eso sería una mentira descarada. Y nunca la verdad. Pero si vivimos en la luz de Dios, a la que Jesús nos ha traído de una vez para siempre, entonces tenemos comunión viva y duradera unos con otros y con el Padre y con su Hijo. En su luz, en su amor y en la alegría de la casa del Padre.

¿Podemos siquiera vivir y permanecer en esta luz santa de Dios? ¡Si fallamos y pecamos una y otra vez! Sí, podemos. Gracias sean dadas a Dios para siempre.

Esta es la razón por la que podemos estar en casa para siempre en su luz: **¡Su sangre! Su Hijo, Jesucristo, sacrificó en la cruz su sangre, su vida. Por eso estamos limpios de nuestros pecados para siempre. Esta sangre preciosa, derramada una sola vez, nos limpia mientras sigamos pecando. ¡Entonces, hoy y en el futuro!** Estamos siempre en comunión con Dios. Incluso cuando todavía pecamos. Aunque nuestra alegría se empañe o desaparezca del todo, no seremos expulsados de la familia de Dios.

La sangre de Jesús es nuestra seguridad y garantía eternas. No es nuestra obediencia o desobediencia la que hace posible o destruye la comunión con Dios. Dios mira la sangre preciosa de su Hijo; solo por eso estamos seguros eternamente. Para siempre. Así como en otro tiempo la sangre del cordero de la Pascua protegió del juicio a todos los israelitas. **Somos limpiados de todos nuestros pecados. También de los que pasamos por alto, olvidamos o de los que no somos conscientes. Y de los que, por desgracia, todavía cometeremos.**

Pero si alguien pensara, como afirman los falsos maestros, que no tenemos pecado y que no necesitamos ser limpiados por la sangre de Jesús, eso sería un gran error. Viviríamos de espaldas a la verdad y a la realidad. Nos engañaríamos a nosotros mismos. Nuestros pecados nos precipitarían a la perdición.

Solo hay un camino para ser librados de esta mentira de la impecabilidad y del autoengaño. **Solo si reconocemos nuestros pecados y los confesamos a Dios, nos libramos de nuestros pecados. Solo así recibimos el perdón que Dios quiere regalarnos por medio de la sangre de Jesús.** Solo reconociendo y confesando, es decir, expresando con palabras los pecados de los que somos conscientes, entramos en la comunión verdadera y viva con Dios. Con el Padre y el Hijo. Y así también en la comunión de todos los seguidores de Jesús, que viven bajo la sangre purificadora de Jesús. Se nos regala el perdón de todos los pecados. Otra vez: también de aquellos que hemos olvidado o de los que no somos conscientes. Y de los que todavía cometeremos.

¿Lo hemos merecido, o tenemos algún derecho a que Dios nos quite los pecados? ¡No! Pero Jesús, que dio su vida por nosotros, es la certeza de que Dios perdona. La sangre preciosa de Jesús significa su vida santa y sin pecado. **La sacrificó por nosotros. Este sacrificio desinteresado y obediente por nosotros tiene para Dios un valor incalculable. Por eso perdona con gusto a todo el que le confiesa su pecado con sinceridad, abiertamente y con**

honestidad. A eso se ha comprometido. En virtud de esta sangre de su Hijo. ¡Dios siempre cumple su palabra! ¡Porque es fiel y justo!

Una vez más, y porque todos tienen que saberlo: quien afirma que nosotros, como seres humanos tal como nacemos, o también los hijos de Dios, vivimos automáticamente sin pecado, se engaña a sí mismo. Aún más trágico es el autoengaño cuando pecamos y pensamos que no es pecado. Porque entonces hacemos a Dios mentiroso. Pues él nos ha mostrado claramente qué es el pecado. Quien de verdad cree que no tiene pecado y que vive sin pecado, está perdido. Porque no recurre a la sangre de Jesús. ¡No confiesa sus pecados! Quien cree que somos sin pecado, en pensamientos, en lo espiritual o en lo corporal, se equivoca. Esta es una falsa doctrina que lleva a la perdición.

Cuando los cristianos pecan: nuestro abogado, Jesús el Justo 2:1–2

Mis queridos amigos, hijitos míos en la fe, para nosotros es evidente, ni siquiera debería tener que escribirlo: **¡No pequen!** Si el Dios eterno, santo y glorioso acoge en su comunión a nosotros, seres humanos creados y caídos, entonces el pecado debería ser tabú para nosotros. Exactamente lo mismo que para él, es decir, tinieblas. Pensemos y sintamos sobre esto como él. Que nuestro no al pecado crezca y aumente.

A la comunión con Dios pertenece también ver con honestidad nuestros fallos y admitirlos. Porque, y tenemos que preguntárnoslo con honestidad, ¿hay siquiera algo que hagamos que sea absolutamente puro y santo? Por desgracia pecamos cada día. Sin darnos cuenta y a veces también a sabiendas. Sabemos lo que es pecado y aun así lo hacemos. Pero si, como hijos de Dios, hemos vuelto a pecar, no por eso estamos nunca perdidos. Aunque lo pensemos, el Padre y el Hijo no lo piensan. La comunión con ellos no se interrumpe. Tampoco se reduce. En todo caso, se reduce la conciencia, el darse cuenta de esta comunión. Pero no el vínculo, la pertenencia y los lazos familiares. **Porque todo ya ha sido perdonado. No necesitamos perdón de nuevo.** Nada menos que Jesús, el Hijo del Padre, que murió por nosotros, está también ante el Padre a favor de nosotros. Él es nuestro abogado, defensor y ayudador ante el Padre. El que nos vuelve a levantar. Él, el Justo, es nuestra seguridad, nuestra garantía de que somos y seguimos siendo sus hijos. El único que fue perfecto, como el Padre celestial es perfectamente justo.

Jesús borró todos nuestros pecados con su sangre. Los aniquiló. **Él es el sacrificio expiatorio perfecto y único por nuestros pecados.** Y por los del mundo entero. Por todos, por toda la creación.

Dios ya no encuentra en nosotros nada injusto ni impuro. Porque todos nuestros pecados, nuestros actos injustos, contra Dios y contra las personas, fueron expiados en la muerte de Jesús: perdonados y quitados. **Su sacrificio es tan grande y valioso que puede borrar todos los pecados de todas las personas del mundo.** Todo el que busca refugio en Cristo y en su sacrificio recibe la declaración del perdón.

La prueba de la verdad: unidad de confesión y conducta 2:3–6

¿Cómo podemos saber, entonces, que conocemos a Jesús y lo seguimos? Sencillamente en que sus **mandamientos** los amamos y los cumplimos. Si alguien afirma tener una relación viva con Jesús, que le cambia la vida, pero no cumple sus mandamientos, ni siquiera lo intenta, se miente a sí mismo. Y a los demás. En alguien así no puede estar presente la verdad de Dios. Pero quien pone en práctica las palabras de Jesús, en él el amor de Dios está en casa; sí, ha llegado a su meta. No solo ha recibido el amor de Dios, sino que también lo ha devuelto y transmitido.

Si guardamos y cumplimos su palabra, estamos en Jesús. Quien pretende vivir con Jesús y seguirlo no tiene otra opción que vivir como vivió Jesús. Entonces se reconoce que el amor, la misericordia, la verdad y la santidad de Jesús se ven también en nosotros.

El mandamiento antiguo y el nuevo: el amor sigue siendo lo más grande, las tinieblas pasan 2:7–11

Queridos amigos, en realidad no les escribo un mandamiento nuevo. Era nuevo cuando Jesús nos lo dio a nosotros, los discípulos. Si miramos atrás, es el mandamiento antiguo, el original, pero todavía vigente. Ustedes lo recibieron cuando acogieron a Jesús por la fe. Al mismo tiempo es para siempre un **mandamiento nuevo**: porque **por medio de Jesús ha recibido una dimensión absolutamente nueva, como mandamiento del amor**. Algo así nunca había existido antes. Este mandamiento del amor vivía de verdad en él, y hoy en nosotros. Su vida se ha convertido también en nuestra vida. ¡Sí, él vive en nosotros! Así, solo así, podemos vivir y amar como él. En Jesús vino al

mundo la luz verdadera. Con ello había amanecido la nueva era del futuro. Las tinieblas tienen que retroceder cada vez más. También han sido expulsadas de nuestros corazones y de nuestras vidas. Vivimos en la luz de Dios. Ese es nuestro hogar. Allí nos sentimos bien. Y pronto llega el día en que las tinieblas desaparecerán del todo y Jesús lo iluminará todo.

Quien afirma vivir en esta luz, pero no ama a su prójimo, sino que lo odia, pertenece forzosamente a las tinieblas. El odio está en casa en las tinieblas. Allí el odio se desahoga. Pero quien ama a su prójimo pertenece a la luz. En la luz de Dios está seguro y puede ver. No tropieza ni se apartará de la fe. Tengo que decirlo otra vez: quien odia a su prójimo está en las tinieblas. Eso es fatal, porque quien anda en la oscuridad no ve adónde va. En la oscuridad está ciego.

La familia de Dios y el mundo 2:12–17

Les escribo a ustedes, **pequeños hijos** amados por Dios: ¡todos sus pecados, también los que todavía cometerán, les son perdonados! La razón de ello es únicamente la misericordia y la fidelidad de Dios, que nos han sido prometidas y regaladas en Jesús. ¡Su nombre lo garantiza!

Ustedes, que han crecido espiritualmente hasta ser **padres y madres** en la fe: ustedes conocen y aman a Jesús más que a nada.

Ustedes, **jóvenes**, también ustedes llegarán a ser padres y madres así. Ahora, por medio de Jesús, han vencido en la fe al maligno, al diablo. Han hecho frente a la lucha y se han mantenido firmes.

Ustedes, **hijos**, que todavía no llevan mucho tiempo en la fe, han conocido lo más importante, lo más elemental: Dios, el Eterno, es su Padre celestial. Ustedes viven en su amor de Padre.

A ustedes, **padres y madres**, les he escrito porque su conocimiento de Jesús, su amor y su entusiasmo por él los convierten en lo que ahora pueden ser para otros.

A ustedes, **jóvenes en la fe**, les he escrito porque son fuertes en Jesús. Sobre todo porque la Palabra de Dios, todo lo que Jesús dijo, es importante para ustedes. Ustedes la ponen en práctica. Con Jesús y con su palabra han logrado vencer al diablo. Todas las falsas doctrinas que él difunde y las personas a las que ha engañado no han podido tomarlos por sorpresa.

Todos ustedes, tengan cuidado y no amen lo que aman y hacen las personas a quienes Dios y Jesús les dan igual. Eso es el mundo. No pongan su corazón en

el mundo. El amor verdadero solo puede abrazar una cosa. Quien desea una vida como la de los incrédulos, o la envidia, no conoce el gran **amor del Padre** que está en el cielo. El amor del Padre no puede de ningún modo estar en casa en un mundo alejado de Dios. Allí no es bienvenido. Nunca lo fue, hoy no lo es y nunca lo será.

¿Quieren saber en qué se reconoce el mundo, qué lo mueve, sí, qué lo mantiene con vida y lo impulsa?

Ceder a todo tipo de **deseos** y darles rienda suelta, ya sea el amor al dinero, el afán de reconocimiento, la adicción al alcohol, los chismes y las habladurías, la sexualidad, el sensacionalismo, la glotonería y mucho más.

Los **deseos de los ojos**, que solo miran lo de este mundo, lo visible y lo seductor. Y con ello pierden literalmente de vista el verdadero sentido de la vida.

La vanagloria de la vida, como la fanfarronería, el orgullo, la presunción y las comparaciones, el acoso, la jactancia de las propias capacidades y riquezas, y mucho más.

Como una enfermedad incurable, esto atormenta a las personas. Así se vive cuando uno es señor de su propia vida. Sin Dios, muchos se consideran a sí mismos reyes de su vida. Lo toman todo para sí, como si Dios no existiera. Tales deseos nunca vienen del Padre celestial. Y por eso un día desaparecerán para siempre junto con el sistema del mundo. Hacer lo que Jesús dice es la única salvación para escapar de la ruina del mundo. Hacer la voluntad de Dios es la única perspectiva de futuro. La única posibilidad de vivir el nuevo mundo futuro de Dios, eterno, santo y glorioso, en la luz. Para siempre en la vida eterna.

El Anticristo y los anticristos 2:18–19

Hijos de Dios, con Jesús ha llegado la **última hora**. Él dijo que vendrá el **Anticristo**, **el falso salvador**. Pero ahora ya aparecen muchos anticristos que, como aspirantes a cristo, se ponen en el lugar de Jesús. Se han posicionado contra él y contra nosotros. Por eso podemos decir que la última hora ha llegado. La rebelión contra la verdad es lo que caracteriza la última hora, el último tiempo, hasta que venga el Cristo verdadero. Es triste que estas personas anticristianas incluso procedan originalmente de nosotros. De en medio de nosotros. Afirmaban pertenecer a la familia de Dios. Pero eso no era cierto. Si de verdad hubiera sido así, se habrían quedado con nosotros. Pero Dios los ha desenmascarado: no son de

Dios, sino del maligno. No tienen nada que hacer entre nosotros. Porque todos ellos enseñan y difunden la falsedad.

La unción con el Espíritu Santo y la verdad sobre el Padre y el Hijo 2:20–29

Todos nosotros tenemos **la unción de Jesús**. Del Santo. Es el Espíritu Santo. Él lo derramó sobre nosotros. Él nos ha enseñado que Jesús es el Cristo. El Hijo eterno del Padre. No les he escrito para que oigan estas relaciones por primera vez. Porque ya las conocen. Reténganlas. Las mentiras de estas personas no tienen absolutamente nada que ver con la verdad.

Entonces, ¿a qué personas que hablan de Jesús hay que llamar mentirosas? **¡Pues a las que niegan que Jesús de Nazaret es el Mesías escogido por Dios! Alguien así es el Anticristo, que niega al Padre y a Jesús, su Hijo. Dice que Dios no es Padre en absoluto y que no puede tener un Hijo.** Así que quien niega que Jesús es el Hijo del Padre no puede conocer al Padre ni tenerlo a él como Padre. Pero quien tiene a Jesús por el Hijo del Padre y lo sostiene, quien lo testifica, tiene a Dios, el Padre. Es verdaderamente un hijo de Dios. Eso también lo han oído así desde el principio. Si se aferran a ello como una verdad que no se vende, entonces están en la luz de Dios. Unidos con el Padre y con el Hijo.

Para nosotros, que nos aferramos a ello y lo defendemos, vale la promesa única del Padre. La ha cumplido en su Hijo, la Palabra de vida, en el hombre Jesús: la vida eterna. ¡Nosotros, seres humanos mortales, pecadores, vamos a recibir la vida eterna! El pecado y la muerte serán vencidos.

Todo esto tengo que escribírselo. Porque andan por ahí estas personas, predicadores itinerantes, que quieren engañarlos y robarles estas verdades gloriosas y vitales. Vuelvo a hablar de la unción que ustedes han recibido de Jesús. Es el Espíritu de Dios, que permanece en ustedes y con ustedes. Por eso no necesitan dejarse instruir por estos engañadores y mentirosos. No les presten oído. Confíen en el Espíritu Santo. Él les enseña lo que es verdad. Permanezcan cerca de Jesús, el Hijo del Padre.

Y ahora miro hacia adelante, amigos míos. Veo el día en que Jesús aparecerá en el cielo, visible para todos. Será un día de la mayor alegría. Un día de fiesta incomparable, en el que por fin nos encontraremos con nuestro Señor Jesús con todos los sentidos. Si queremos vivir así este día glorioso, vivamos ya ahora con

Jesús como si estuviera visiblemente con nosotros. Y sigámoslo con fidelidad y celo hasta ese día. Si no lo hacemos, ese día nos sorprenderá. O nos asustará y nos avergonzará. Y ojalá no se ponga de manifiesto entonces que algunos de ustedes no le pertenecían en absoluto.

Si hemos reconocido que Dios es absolutamente justo, entonces también podemos constatar si alguien ha nacido de Dios y es una nueva creación. Es decir, cuando ama y vive y practica la justicia de Dios.

Qué regalo: somos hijos de Dios, en camino a casa 3:1–3

¿Pueden ustedes medir de verdad con qué amor ilimitado nos ama Dios, el Padre? ¡Porque nos ha hecho sus hijos! Por iniciativa propia. Era su plan y su voluntad eternos. Nadie, ni ningún anticristo ni ningún falso profeta, puede robarnos esto ni ponerlo en duda. Es verdad: **Hemos llegado a ser de verdad hijos de Dios**. Él lo quiso.

En nuestro aspecto exterior, en nuestro cuerpo o en nuestras capacidades no se puede constatar esta nueva filiación. Todavía todo eso es invisible. Tampoco a Jesús se le reconoció exteriormente como Hijo de Dios. Ni él ni nosotros teníamos un aspecto distinto del de todas las personas. Para el mundo somos como todos. Cuando se trata de la fe, somos extraños para ellos. ¡Miren, somos hijos de Dios! Aunque todas las cualidades gloriosas de la filiación divina que tendremos en el futuro todavía no se vean por fuera.

Una cosa ya es segura ahora: **Todos los hijos de Dios pronto serán semejantes al Jesucristo glorificado.** Al que aparece en el cielo y viene a la tierra. Visible para todas las personas. Lo veremos tal como es. Y nos asombraremos. Nos quedaremos con él. Vivir este momento y lo que viene después, este encuentro tan anhelado, es el centro de nuestra esperanza. Para eso vivimos. Cada día nos motiva a quitar de nuestra vida, sin concesiones, todo lo que no encaja con él. Con su santidad, su gloria y su justicia. Así llegamos ya ahora a parecernos cada vez más a él. Y estamos preparados para su venida.

El pecado, el diablo y el Hijo de Dios 3:4–10

Quien vive como si no hubiera Dios es en realidad un pecador. Alguien que no alcanza su meta eterna. Porque Dios lo ha creado. Él lo mantiene con vida. A él debería estarle agradecido. Un estilo de vida así se llama también infracción de la ley. Quien niega a Dios y su autoridad vive en la anarquía. Por vivir sin Dios,

las personas han acumulado una cantidad increíble de pecados. Nadie puede deshacer estos pecados contra Dios y contra las personas. Con medios humanos nunca pueden repararse. Pero Jesús vino precisamente para quitar nuestros pecados. Él puede quitarlos como si nunca hubieran ocurrido. ¡Eso nadie lo podía hacer! Solo él. ¿Por qué? Porque no estaba infectado en absoluto por el pecado y nunca pecó. **Él era el Justo, que llevó nuestros pecados y los aniquiló.**

Quien sigue a Jesús y quiere hacer lo que él dice no obedece al pecado. Todos los que viven como si Dios no existiera no han entendido a Jesús ni se han sometido a él como Salvador y Señor de su vida.

Hijos de Dios, ¡no hagan concesiones! Desde la perspectiva de Dios solo existe siempre un «o esto o aquello». Por eso no hablo de zonas grises. Para que me entiendan, subrayo un contraste literalmente en blanco y negro de las verdades que les transmito. Quien quiere obedecer a Dios y vive según sus mandamientos es justo. Así como Jesús fue justo en su vida. Quien vive como si Dios no existiera, peca y no alcanza la meta de su vida. Los que son así hacen lo que el diablo siempre ha hecho. Él rechazó desde el principio la autoridad de Dios. Esta anarquía es la que difunde. Sí, ha engañado a ángeles y a seres humanos para que hagan lo mismo. Todo el que peca se deja inspirar, en último término, por el diablo y está de su lado. **Pero el Hijo de Dios vino para destruir todo lo que el diablo ha causado.** Toda su obra maligna, todo lo que ha dejado tras de sí en la vida de las personas. ¡Las obras del diablo no tienen la última palabra! Eso ya se puede ver ahora. Porque todo hijo de Dios ha nacido de Dios y por eso ya no está determinado ni dominado por el pecado. Que un hijo de Dios no tenga que pecar continuamente, ¡eso es solo obra de Dios en nosotros! La vida de Dios, su palabra y su Espíritu están presentes en sus hijos. Por eso no es posible en absoluto que sus hijos amen el pecado y vivan como si el Padre no existiera. Al final nadie puede negar su verdadera naturaleza. O es de Dios o es del diablo. Por eso nadie debe engañarse a sí mismo en este asunto. Todos los que no preguntan por Dios y viven así no pueden haber nacido de Dios ni ser hijos de Dios. A un hijo de Dios se le reconoce sobre todo por el amor al prójimo. Quien no ama a su prójimo de forma desinteresada y con hechos, como lo hizo Jesús, no ha nacido de Dios. Es un hijo del diablo.

El amor como señal de vida de los hijos de Dios 3:11–18

Cuando ustedes oyeron por primera vez de Jesús y de su buena noticia, el amor mutuo era lo decisivo. Eso marcaba la gran diferencia. Que siempre siga siendo así: que nos amemos unos a otros. Un ejemplo terrible de lo contrario es la antigua historia de Caín. Al principio de todo. Actuó desde el diablo, el maligno, al asesinar a su hermano Abel. ¿Por qué lo hizo? Lo que hizo era malo. Porque era del maligno. Pero su hermano era justo. Abel no era del diablo, sino de Dios.

Así que no se extrañen si algo así se repite constantemente también hoy. Forma parte de la naturaleza del mal odiar lo bueno, lo santo, lo justo y lo amoroso. Sí, destruirlo. Las personas que viven sin Dios nos odian más o menos. Porque perciben que queremos hacer lo que Dios quiere. La diferencia entre ellos y nosotros no puede ser mayor. **Nosotros, por haber nacido de Dios, hemos sido rescatados y trasladados de la muerte a la vida.** La muerte quiere destruir la vida. Matar. Eso no es otra cosa que odio.

La señal de vida verdadera y auténtica de un hijo de Dios es que amamos al prójimo. Sobre todo a los hijos de Dios. A la inversa, eso significa sin lugar a dudas: quien no ama al prójimo sigue en la muerte. No es un hijo de Dios. Todo el que odia a su prójimo es incluso un homicida como Caín, tanto si de verdad mata a alguien como si lo odia con la cabeza y el corazón. Para todos debería estar claro que alguien que odia al prójimo no puede tener vida eterna. Aunque quizá por un tiempo lo haya parecido.

¿En qué reconocemos lo que realmente se quiere decir con el amor? **El mayor ejemplo, y también la medida de lo que es el auténtico amor divino, lo vemos en Jesús.** Por amor entregó su vida por nosotros. La sacrificó en la cruz. Si él hizo eso por nosotros, no puede ser de otra manera: nosotros haremos lo mismo por los hijos de Dios. También por el prójimo. Vivir el amor no tiene por qué significar sacrificar de inmediato la propia vida por otros. Significa, por ejemplo, sencillamente que con mis bienes acudo en ayuda del necesitado. Que le doy lo que necesita con urgencia. Si a alguien no le conmueve en lo más íntimo la necesidad de su prójimo, en él no puede estar presente el amor de Dios. Precisamente es propio del amor de Dios percibir la necesidad del prójimo, sentirse tocado por ella y emplearlo todo para ayudar.

Hijos de Dios, dejen de hablar solo del amor y de gastar muchas palabras sobre él. Vivan el auténtico amor de Dios con hechos. Con el corazón abierto y la

mano abierta. Sin motivos egoístas.

Un corazón generoso puede confiar en el Padre celestial 3:19–24

En lugar de ayudar al prójimo, nuestro corazón se aferra a menudo a lo que deberíamos dar. Si soltamos nuestra vida y nuestros bienes por amor al prójimo, estamos en la verdad. Si nuestro corazón egoísta no suelta, e incluso condena el dar desinteresado, entonces nos ponemos por encima del mandamiento de Dios, que es más grande que nosotros. Entonces, cuando consideramos innecesario amar al prójimo, o todo se queda en palabras. Dios ve con exactitud los motivos de la omisión y las objeciones de nuestro corazón contra la disposición a ayudar. Tenemos que aprender a resistir a este sentir y a estas dudas de nuestro corazón. Y a tener en más alta estima el mandamiento del amor de Dios. **Si nuestro corazón suelta para ayudar al prójimo con generosidad y sin egoísmo, entonces tenemos una confianza libre y alegre en el Padre.** Pues él nos ama como a sus hijos. Podemos expresarle nuestras peticiones y experimentar que nos hace regalos. Si damos con gusto al prójimo para aliviar su necesidad, también el Padre nos da con gusto. Porque su mandamiento es importante para nosotros y lo cumplimos con gusto. Así nuestra vida es una alegría para él. **¡Él nos da con gusto cuando damos con gusto!**

Dios Padre nos da este doble mandamiento: **Poner nuestra confianza por completo en su Hijo Jesucristo**, en su grandeza gloriosa y en que él basta para todo, de verdad para todo. En la vida y en la muerte. **Y que nos amemos unos a otros**, tal como también lo dijo Jesús. Quien cumple este mandamiento permanece en Jesús, y Jesús permanece en él. ¿Podemos saber que Jesús está en nosotros? Sí, por medio del Espíritu Santo. Él nos testifica su presencia de una manera misteriosa que solo entiende quien la vive. Nos regala certeza y paz interior sobre ello. El Espíritu no solo lo testifica. Jesús nos lo ha dado para que esté con nosotros siempre y en todo tiempo.

Un conflicto real, la lucha por la verdad: quién es Jesús 4:1–6

Queridos amigos, en el mundo andan muchos **falsos profetas**. Profetas de mentira, de los que ya he hablado. Que salieron de nosotros. A diferencia del Espíritu de Dios, que ustedes tienen, por medio de estos profetas hablan espíritus de mentira. Por eso no crean a cualquier persona que quiera instruirlos. Examinen si viene de Dios. El verdadero Espíritu de Dios lo reconocen ustedes en

que proclama la verdad sobre Jesús. Es decir, que Jesucristo se hizo verdaderamente hombre. Que estuvo en la tierra y que lo sigue siendo para siempre. **Asumió nuestra existencia humana. Con todo lo que forma parte de ella. Excepto el pecado.** Aunque junto al Padre era y es siempre el Hijo eterno. Quien no cree esto y no lo confiesa ante otros, no es de Dios. Está lleno de un espíritu de engaño, el espíritu del Anticristo. Este aparecerá un día en público de forma grandiosa, espectacular y seductora. Pero ya hoy actúa este espíritu por medio de tales falsos profetas y aspirantes a mesías. Difunden mentiras sobre el Cristo verdadero.

Los hijos de Dios han nacido de Dios. Ustedes han descubierto a los profetas de mentira y los han vencido. Porque en ustedes está **el Espíritu de Dios**, que es más fuerte que el espíritu del mundo. Aunque salieron de nosotros, su origen espiritual no está en Dios. Su origen está en el mundo sin Dios, aunque religioso. Hablan lo que viene del mundo y lo que al mundo le gusta. El mundo les presta atención. Nosotros, en cambio, somos de Dios. Quien conoce y ama a Dios nos entiende. Quien no es de Dios no entiende lo que decimos.

Es una situación disputada y combatida. Se trata de un «o esto o aquello»: o habla el Espíritu de la verdad, o el espíritu de la mentira y del error.

Amor, amor, amor 4:7–16

¡Amigos amados por Dios! Amémonos unos a otros. ¿Por qué? Porque el amor es divino. Viene de Dios. Él es la fuente del amor más puro y más profundo. Todo el que ama como Dios ama ha nacido de Dios. Conoce y ama a Dios. Quien no ama como Dios no lo conoce. **Porque el ser más profundo y eterno de Dios es amor puro, santo, sin mancha.** Precisamente este amor santo es el que Dios nos ha dirigido. Regalado gratuitamente. Al enviar al mundo a su Hijo único y sin igual. Al hacerse él hombre, los seres humanos hemos recibido la vida. Él nos la trajo a nosotros, que estábamos en la tierra de la muerte y de las tinieblas.

Este amor es totalmente inmerecido. No fue una respuesta a un amor que nosotros hubiéramos tenido hacia Dios. En nosotros no había nada positivo que moviera a Dios. Había nuestros innumerables pecados. De los que no podíamos librarnos. Esos quería él quitarlos de en medio. **Así nos amó primero y envió a su Hijo para quitar nuestros pecados por medio de su sacrificio. Enviado para salvar la distancia infinita que nos separaba. Su Hijo como**

expiación por nuestros pecados. Para aniquilarlos en su muerte. La cruz es como la fusión del núcleo del amor de Dios.

Queridos amigos, si hemos sido amados así, por encima de toda expectativa, sin merecerlo, entonces estamos sencillamente obligados a amarnos unos a otros. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros. Su amor incomparable está entonces vivo en nosotros. Arde en nosotros. Ha llegado en nosotros a su meta. Dios es Espíritu y nadie, ningún ser humano, lo ha visto jamás. **¡Pero hoy se puede ver y comprender algo de él sin verlo con los propios ojos! Por medio del amor con que la familia de Dios se ama entre sí. En este amor Dios está presente.**

¿Cómo podemos entender que estamos en él? ¿Y él en nosotros? Por medio de su Espíritu podemos entenderlo. Por medio de su Espíritu es posible esta comunión de amor, viva y arraigada en él.

Nosotros, los apóstoles y discípulos de Jesús, lo hemos visto y se lo testificamos: el Padre vio de verdad nuestra perdición. Que no teníamos salida. Y envió a su Hijo. Como Salvador del mundo entero. Por todas las personas envió el Padre a su Hijo.

Quien cree y confiesa que Jesús es el Hijo de Dios tiene comunión con Dios y está unido a él. Hemos conocido y creído qué amor tan grande tiene Dios por nosotros. **Porque Dios es amor. Todo su ser es amor purísimo que se entrega. Le encanta amar. Ningún dios se ha mostrado jamás así. Esa es su determinación total. Todo lo que hace y lo que es procede del amor.** Quien vive en este amor permanece en Dios, y Dios en él; y se reconoce en que estamos de corazón agradecidos al Padre y amamos al prójimo.

El amor de Dios y el día del juicio 4:17–19

El amor de Dios nos ha transformado por completo. Se nos ha regalado franqueza y confianza ante Dios. Por eso no tenemos miedo del día del juicio, cuando todos tendrán que rendir cuentas ante Dios, el Santo y Justo. Lo que entonces cuenta y permanece es únicamente el hecho de que en el mundo hemos vivido como vivió Jesús. Eso se cumple cuando ponemos en práctica su palabra; lo cual es algo natural en todos los nacidos de Dios. Aunque nunca se logre al cien por cien. Pero tampoco por eso, por esta carencia y también por los pecados en nuestra vida, necesitamos tener miedo. **El miedo a Dios nunca forma parte de la naturaleza del amor de Dios. Al contrario, el amor perfecto de**

Dios echa fuera el miedo al día del juicio. Y también el miedo a fracasar, a no vivir como Jesús. El miedo ya es una especie de juicio, que puede llevar a la desesperación. Quien todavía tiene miedo de Dios y de su juicio todavía no confía. Todavía no ha llegado al descanso por medio del amor de Dios y del perdón de Jesús.

Nacidos de Dios para amar 4:20–5:3

Amamos a Dios y al prójimo. Porque él nos amó primero. Es importante, no lo olviden nunca: si alguien afirma amar a Dios, pero odia a su prójimo, es un mentiroso. Quien no ama al hermano, al que puede ver con sus ojos, ¿cómo puede amar a Dios, a quien no puede ver? Tenemos este mandamiento de Dios: que quien lo ama a él, ame naturalmente también a su prójimo. El amor a Dios se muestra en el mundo visible. Allí, y no en una teoría pensada e invisible, tiene que demostrarse.

Todo el que cree y confiesa que Jesús es el Mesías, es decir, el Cristo, es un hijo de Dios. Nacido de Dios. El Padre y sus hijos están unidos como familia en el amor. Todo el que ama a Dios ama naturalmente también al que ha nacido de él. ¡Si son hermanos! ¿En qué podemos ver si amamos a los hijos de Dios? En que amamos a Dios y ponemos en práctica su palabra y sus mandamientos.

En nosotros, los hijos de Dios, el amor de Dios es la fuerza, la motivación y la gratitud que llevan a la acción. A conocer sus mandamientos y a cumplirlos. Para quienes tienen la vida que viene de Dios, no son difíciles. El amor de Dios es como un combustible. Que nunca se acaba y arde en ellos. Cumplen con gusto los mandamientos de Dios.

La victoria sobre el mundo por la fe 5:4–5

Porque quien ha nacido de Dios vence al mundo. El mundo, que rechaza a Dios y sus mandamientos, quiere conquistar también nuestro corazón. Para que nos adaptemos. Para que participemos. Para que lleguemos a ser como él. Pero nosotros resistimos con firmeza y salimos vencedores. Permanecemos con Jesús. Nuestra confianza en el Padre, el Hijo y el Espíritu es la victoria sobre el mundo. Por la fe nos aferramos a ello. ¿Quién puede vencer al mundo alejado de Dios y rechazar su pretensión de poseernos? Solo los que creen que Jesús es el Hijo de Dios. Esta fe nos transforma y nos une con la Palabra de vida. Eso

no lo creen el mundo ni los falsos profetas. Nosotros sí, y nos mantenemos en ello.

En qué Cristo creemos 5:6–10

Jesucristo vino por nosotros. Se hizo hombre total y completamente. Los falsos maestros afirman que en el bautismo el «Cristo divino» descendió sobre el hombre Jesús de Nazaret. Y que poco antes de su muerte lo abandonó de nuevo. Pero Jesucristo, el Hijo de Dios, se dejó bautizar por Juan en el agua. Insistió en ello. Él mismo se dejó ejecutar. Clavar en la cruz. Por su sangre derramada nos ha limpiado de los pecados. Eso se lo testificó a ustedes desde el principio el Espíritu Santo de la verdad. Sí, puedo nombrarles, como lo exige la ley de Moisés, dos o tres testigos: el agua, la sangre y el Espíritu. Unánimes aseguran que el Hijo de Dios se hizo plenamente hombre. Se presentó en público y comenzó a servir a las personas. Eso empezó con su bautismo en el agua. Y el mismo, el Hijo de Dios, murió en el Gólgota. Las personas pueden afirmar cualquier cosa, pero el testimonio de Dios es y sigue siendo mayor. Por eso es digno de confianza. La última instancia. Dios ha testificado sobre Cristo exactamente lo que testificaron los tres testigos. Describen unánimes la vida de Cristo: el Espíritu, el agua y la sangre. Quien cree en este Cristo lleva y guarda en su corazón este testimonio unánime. Quien rechaza el testimonio de Dios sobre su Hijo hace a Dios mentiroso.

Solo la fe en este Cristo da vida eterna 5:11–13

Lo que Dios testifica sobre el Hijo es verdadero y fiable. Nos afecta de manera muy concreta. ¡Nos ha dado vida eterna! Esta vida no está en ningún otro, sino en su Hijo. En Jesucristo, que se hizo hombre, murió por nosotros y resucitó. Y quien ha acogido al Hijo por la fe, con confianza, en su corazón y en su vida, posee la vida eterna. Se ha convertido en su nueva existencia. Con el Hijo, que es la vida, recibió una nueva existencia en la filiación divina. Quien no ha acogido al Hijo nunca puede tener vida eterna.

Les escribo esto para que sepan de una vez para siempre —es decir, no solo esperando o sintiendo con timidez o vacilación— y tampoco duden de que tienen la vida eterna. No como algo que se pueda perder. La vida eterna es comparable a su alma, que es su vida terrenal. Así, la vida eterna

de Dios es su vida y su existencia indestructible como hijos de Dios. Ustedes son hijos de Dios que tienen la vida de Dios.

Siempre que crean en el Hijo de Dios. En su nombre, que contiene tanto y representa tanto de lo que él es y fue: es eterno. Se hizo hombre. Murió por nosotros. Fue resucitado. Fue recibido en la gloria. De donde volverá. Todo esto y aún más contiene el nombre de Jesús, en el que ustedes creen.

Una oración que es escuchada 5:14–15

Todo lo que les he escrito sobre Dios, nuestro Padre, nos invita a estar delante de él. Siempre nos sentimos atraídos hacia él. Podemos tener una confianza abierta. **Venir ante él llenos de confianza infantil y de seguridad despreocupada. En la fe, como si estuviera solo a un paso.** Ante su rostro amable. Sobre todo cuando le pedimos algo. Él nos oye y nos responde. Porque pedimos lo que él quiere. Pues lo conocemos a él y su voluntad, lo que le agrada. De verdad podemos pedirle cualquier cosa. Porque sabemos que nos escuchará. Cuando Dios concede lo que hemos pedido, sabemos que esa es la respuesta a la petición. La buena respuesta de Dios. Él no olvida ninguna petición y responde a su debido tiempo. También cuando nuestra oración de intercesión ya es de hace mucho y la hemos olvidado.

El pecado y la muerte, el mundo y el maligno, el Verdadero 5:16–21

Los hijos de Dios son una familia que ora. Sobre todo cuando un miembro de la familia actúa de forma evidente y persistente contra la voluntad de Dios. Eso es un asunto serio. Por eso el hermano o la hermana necesita nuestra oración, para que reconozca el pecado, lo confiese y lo deje. Nuestras oraciones son en un caso así absolutamente necesarias. Porque le darán vida al hermano o a la hermana, si Dios nos escucha. Así vuelve él o ella, como Dios quiere: a la comunión consciente y vivida con el Padre y el Hijo. Y a la unión de la familia de Dios.

Hay pecado que lleva a la muerte. Un hermano o una hermana, hijos de Dios, no pueden cometer un pecado así. Este pecado caracteriza a los falsos profetas y a todo el mundo, que yace en la muerte. Toda injusticia es pecado. No importa si la comete un hijo de Dios o un falso profeta. Pero el pecado de un hijo de Dios no significa su muerte. En cambio, el pecado del mundo lleva a la perdición eterna. Porque rechaza a Cristo y su sacrificio por el pecado.

Quien ha nacido de Dios y ha llegado a ser hijo de Dios no peca continuamente. No de forma constante, deliberada y con gusto. Por eso el pecado de un hijo de Dios no es un pecado de muerte. Tampoco puede serlo. En mi carta he agudizado la verdad en contrastes claros. La he explicado en un contraste de blanco y negro. El nacido de Dios no peca, porque Cristo lo protege y lo sostiene. Cristo es siempre más fuerte. Él es el vencedor sobre el maligno. Por eso el maligno no puede tocar ni corromper al nacido de Dios.

Lo sabemos con certeza: Dios nos ha hecho nacer de nuevo. Las personas que rechazan a Dios, en cambio, se encuentran del lado del maligno, del diablo. Están en la muerte. Esta diferencia, sí, este contraste, no ha surgido por nosotros mismos. Ha ocurrido por medio de Jesús. La misión del Hijo eterno de Dios era mostrarnos a Dios: su ser santo, su luz y su amor. Y revelarnos por qué tuvo que venir por nosotros. Para el creyente es de una importancia vital conocer a Cristo, el Verdadero. Porque él se distingue de todos los dioses e ídolos del mundo. Con el Jesús que les anunciamos, todo se sostiene o se derrumba. Con él estamos unidos inseparablemente para siempre. Estamos en él. En el Verdadero. Protegidos. En casa con él, no importa dónde estemos en nuestra existencia terrenal.

Y lo digo una vez más, con la mayor claridad posible: **Él es el Dios verdadero y la vida eterna. El artesano de la construcción de Nazaret es Dios. El Indescriptible, el Incomprensible, el Eterno, el que siempre fue, el Creador. Él es la vida que tenemos ahora. Aquel en quien vivimos.**

Ante esta verdad sobre el Hijo de Dios, al final de mi carta solo puedo subrayar: **Todo lo que empequeñece, debilita o pone en duda a Jesucristo y su honra, eso son y seguirán siendo ídolos.** Amigos míos, tengan cuidado de no tolerar ni admirar de ninguna forma ni imágenes visibles de ídolos ni tampoco ídolos «interiores», como la honra que viene de los hombres o la riqueza a la que nos aferramos.

La segunda carta de Juan

Les escribe Juan, el anciano. Alguien que, como pastor, se preocupa por ustedes. A ustedes, a la señora elegida y a sus hijos. A ustedes, una pequeña comunidad de fe a la que amo de corazón. Me refiero al amor que viene de la verdad de Dios. Pero también de Jesucristo. Todos los que han conocido a Jesucristo como la verdad y lo aman, los aman también a ustedes. ¡La verdad, que es Jesús, es el fundamento, la orientación y la medida de este amor! La verdad permanecerá en nosotros, porque Jesucristo está en nosotros. ¡Siempre y eternamente! Todos los creyentes estarán para siempre en la comunión del amor de Dios. En la vida eterna.

La gracia de Dios, su misericordia y su paz estarán con nosotros. Con cada uno de ustedes, día tras día. Regaladas por Dios, nuestro Padre que está en el cielo. Y también por Jesucristo, el Hijo del Padre. También él es Dios. Dios Hijo. Que se hizo hombre y nos reveló a los seres humanos la verdad y el amor de Dios. ¡En esta verdad y en este amor vivimos como hijos de Dios!

Me alegré mucho cuando vi a algunos de tus hijos viviendo en la verdad. Cumplen el mandamiento del Padre que Jesús nos trajo. **Por eso les ruego que hagan lo que hemos oído desde el principio. No un mandamiento nuevo que deba sorprenderlos, sino el antiguo: que nos amemos unos a otros.**

Permanecer y vivir en el amor del Padre significa guardar sus mandamientos: creer en el nombre de su Hijo Jesucristo y amarnos unos a otros. Sus mandamientos son expresión de su amor por nosotros. También tienen una función de protección. Contra los falsos maestros que andan de viaje de un lado a otro. Hoy muchos engañadores andan por ahí con celo misionero para difundir sus mentiras. Confiesan y proclaman que Jesús no ha venido en carne. **Niegan que Dios Hijo se hizo hombre total y completamente, como lo somos nosotros: nacido en Belén. Criado en Nazaret. Durante muchos años trabajó como artesano de la construcción. Murió en la cruz ante las puertas de Jerusalén. Para expiación de nuestros pecados. Resucitó corporalmente. Y fue recibido en el cielo como hombre. Quien niega estos hechos en parte o del todo es un engañador y un cómplice del Anticristo que ha de venir.**

Estos engañadores son un peligro real. Así que tengan cuidado de sí mismos. ¡Estén alerta! Para que no perdamos lo que hemos trabajado. ¡Ustedes son el fruto de nuestro trabajo misionero! Ustedes mismos han obrado para la vida eterna. Han hecho la obra de Dios y han creído en su nombre para vida eterna. Queremos recibir la recompensa completa que se nos ha prometido. Solo la hay si nos aferramos a la verdad, vivimos en ella y no vamos más allá de lo que ha sido revelado sobre Cristo desde el principio.

Todo el que no permanece en la enseñanza de Cristo, tal como ustedes la han oído desde el principio, en alguien así no habita Dios. Todo el que permanece en la enseñanza sobre Cristo, el Hijo de Dios que se hizo hombre, está unido con el Padre y con el Hijo. Ellos habitan en él.

Si alguien viene a ustedes y no trae la enseñanza sobre Cristo tal como yo se la he explicado desde el principio, no lo reciban. Ni siquiera le den la palabra. No lo saluden ni lo reciban como reciben normalmente a un huésped bienvenido. Porque quien a pesar de todo saluda a alguien así de esta manera hospitalaria participa en sus malas obras. Quiera o no. Si viene a ustedes un maestro itinerante del que no saben si dice la verdad sobre Cristo, aclárenlo primero. Una vez aclarado, recíbanlo. **Adopten siempre una posición clara cuando se trata de nuestro Señor Jesucristo. Aquí nunca puede haber neutralidad ni indiferencia. De lo contrario, toda nuestra recompensa está en juego.**

Aún debería escribir mucho más. Con tinta y papel. Pero es mucho mejor y más hermoso hablar con ustedes en persona. Porque en una comunión así, en la que hablamos cara a cara, siempre hay una gran alegría.

Saludos cordiales también desde aquí, de los creyentes de este lugar, con los que estoy en casa.

La tercera carta de Juan

Yo, Juan, el anciano, el presbítero, te escribo a ti, mi amado Gayo, a quien amo en la verdad. En la verdad que vino a nosotros por medio de Jesucristo y ha conquistado nuestros corazones, para vivir desde ahora en el amor de Dios.

Amado Gayo, cuánto deseo, y oro por ello, que te vaya bien en todo. Tanto a tu hombre exterior como al interior. Que tengas un camino bueno y allanado.

Cuánto me alegré de que unos hermanos que se encontraron contigo contaran cuánto orientas tu vida según la verdad. Me alegra que los frutos de la verdad en tu corazón sean visibles para todos. No tengo mayor alegría que ver que mis hijos viven en la verdad. Aquellos a quienes pude llevar a Cristo, la verdad, y que ahora están llenos de él. Que también se aferran a la verdad en amor y aman a sus hermanos en la fe y a su prójimo.

Amado, es la fidelidad a la verdad, la manera en que te has comportado con los hermanos. Hombres a los que ni siquiera conoces. Estos han dado testimonio aquí, entre nosotros, en la iglesia en casa, de tu fidelidad en la hospitalidad, y la han celebrado. Cuando tales hermanos están de viaje como misioneros, equípalos para que continúen el viaje. Eso agrada a Dios y lo honra. A él le sirven. Así se apoya su servicio. Porque no van de viaje por sí mismos. Han salido por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Para anunciarlo. En esto no cuentan con el apoyo de los paganos, sino que siempre buscan a sus hermanos en la fe del lugar. Estos están obligados, sí, en deuda, a recibirlos. Pero a los engañadores no los reciban en sus casas. Sino solo a los misioneros auténticos. **Así llegamos a ser colaboradores de la verdad y participantes activos en la obra del Señor. En su reino.**

He escrito a la iglesia en casa a la que tú, querido Gayo, perteneces. Para que reciban a estos hermanos. Pero Diótrefes no toma en serio nuestra petición. Le encanta ser el primero entre ellos. Y decidir por su cuenta.

Cuando vaya a ustedes, le recordaré esta actitud de rechazo y le pediré cuentas. Eso tiene que aclararse sin falta. Porque nos acusa sin motivo con palabras malignas. No se conforma con palabras, sino que sencillamente rechaza a los hermanos que nos sirven a todos y buscan albergue. Y estorba a quienes

quieren darles alojamiento. Incluso los amenaza con expulsarlos de la iglesia en casa. Ese es un comportamiento que no pertenece a la comunión de los creyentes.

Querido Gayo, no dejes que semejante comportamiento te incite a actuar igual. **No imites lo malo, sino lo bueno.** Hay una regla sencilla y clara: quien hace el bien es de Dios. Porque Dios es bueno. Quien hace el mal no ha visto a Dios. Pasa por alto cómo es Dios. Pasa por alto que Dios nos acoge y que nosotros debemos acogernos unos a otros.

Demetrio es uno de estos rechazados. Aunque él, como portador de esta carta, tiene un buen testimonio de todos. No hay nada que impida recibirlo. La verdad es su prioridad. La defiende. Vive de acuerdo con ella. Eso lo atestiguamos también nosotros. Y tú sabes muy bien que decimos la verdad.

Habría mucho más que escribir. Pero es mejor hablar cara a cara e intercambiar impresiones en la comunión de los creyentes.

La paz de Dios sea contigo. Te saludan los amigos de aquí. Saluda de nuestra parte personalmente a cada uno de los amigos que comparten tu manera de pensar. A cada uno.

Para terminar

Espero de verdad que, al leer, usted haya percibido cómo Dios le habla. Cómo anima, enseña, pero también advierte contra todo lo que no viene de él y que por eso nos hace daño.

Dele gracias por todo lo bueno que ha dicho sobre usted y también directamente a usted.

Si tiene preguntas, escríbame: hj-ronsdorf@t-online.de

Encontrará otros textos del Nuevo Testamento en www.hans-joerg-ronsdorf.de.

Aquí tiene todavía algunos consejos importantes:

Lea la Biblia. Si es posible, con regularidad.

Lea la Biblia junto con otras personas, y conversen sobre ella.

Ore para que Dios le haga viva su Palabra, como si le hablara directamente a usted.

Lea el texto en voz alta y dos veces seguidas.

Hágale al texto las siguientes preguntas:

¿Qué título le pondría usted a este texto?

¿Qué dice el texto sobre Dios y sobre Jesús?

¿Qué dice el texto sobre las personas?

¿Qué aprendemos del texto?

¿Qué debemos hacer?

¿Cómo nos anima la Palabra?

Cuando vuelvan a reunirse, hablen de sus experiencias y vivencias.

Busque contacto y comunión con cristianos que aman y honran a Jesucristo y que valoran, leen y toman en serio la Biblia.